



**Robert Sheckley**  
**La tienda de los mundos**

La recopilación de cuentos *Store of Infinity* inédita en español.

*«Probablemente el mejor autor de relatos, en cualquier género, entre los años cincuenta y mediados de los sesenta».*

**Neil Gaiman**

## EL PRECIO DEL PELIGRO

*The Price of Peril, 1958*

---

La cabeza de Raeder asomó tímidamente por el borde de la ventana. Vio la escalera de incendios y, al final de esta, un estrecho callejón en el que descansaban tres cubos de basura y un cochecito de niño abandonado a la intemperie. Mientras observaba la escena, un brazo embutido en una manga negra comenzó a moverse tras el cubo más alejado. Había algo brillante en esa mano. Raeder se agachó de inmediato. Una bala destrozó el cristal de la ventana y fue a empotrarse en el techo de la habitación dejando caer una lluvia de escayola sobre su cabeza.

Ahora sabía algo sobre ese callejón. Estaba vigilado. Lo mismo que la puerta.

Se tendió cuan largo era sobre el linóleo desportillado, clavando la mirada en el agujero del techo, escuchando los sonidos que llegaban del otro lado de la puerta. Un hombre alto con los ojos inyectados en sangre y miedo. La suciedad y el cansancio habían dejado oscuros surcos en su cara. El miedo había afectado su fisionomía, contrayendo un músculo aquí y pinzando un nervio más allá. El efecto final era sorprendente. Ahora su rostro estaba dotado de carácter. Había sido remodelado por la expectativa real de la muerte.

Había un pistolero en el callejón, y tres más en las escaleras. Estaba atrapado. Muerto.

Estaba claro, pensó Raeder, todavía podía moverse y respirar, pero eso sólo era debido a la incompetencia de la muerte. En unos pocos minutos el problema estaría solucionado. La muerte modelaría agujeros en su cara y en su cuerpo, teñiría artísticamente sus ropas con sangre, retorcería sus miembros de acuerdo a algún grotesco paso del ballet del cementerio...

Raeder se mordió el labio con fuerza. Quería vivir. Tenía que encontrar la manera.

Rodó sobre su estómago para darse la vuelta y exploró el húmedo y oscuro apartamento hasta el que sus asesinos le habían conducido. Se trataba de un pequeño y perfecto ataúd monoplaza. Tenía una puerta, que estaba vigilada, y la salida de incendios, también vigilada. Y había un pequeño baño sin ventanas.

Se arrastró como pudo hasta el interior del cuarto de baño y se incorporó. Allí, en el techo, había un agujero mugriento de casi medio metro de anchura. Si sólo pudiera alcanzarlo, reptar a través de él y alcanzar el apartamento de arriba...

Escuchó un golpe sordo. Los asesinos estaban impacientes. Intentaban derribar la puerta.

Estudió el agujero del techo. Ni pensar siquiera en intentarlo. No había manera de izarse hasta allí a tiempo.

Ahora estaban intentando derribarla con los hombros, lanzándose contra ella mientras emitían un gruñido con cada uno de sus golpes. No faltaría mucho para que la cerradura saltase, o para que arrancasen las bisagras de la madera podrida. La puerta se vendría abajo, y los dos tipos entrarían en la habitación con sus caras pálidas, quitándose el polvo de la chaqueta...

¡Pero tenía que haber alguien que le ayudase! Sacó el pequeño receptor de televisión de su bolsillo. La pantalla estaba borrosa, pero no se molestó en sintonizarlo bien. El sonido era claro y preciso.

Entonces escuchó la voz bien modulada de Mike Terry dirigiéndose a su numerosa audiencia.

*... terrible situación, decía Terry. Sí, amigos, Jim Raeder está metido en un terrible apuro esta vez. Como ya recordarán, nuestro hombre ha estado escondiéndose con un nombre falso en un hotel de tercera categoría de Broadway. Parecía lo bastante seguro, sin embargo fue reconocido por el recepcionista del hotel, que de inmediato les pasó el recado a los Thompson.*

La puerta crujía bajo la andanada de golpes. Raeder se aferró con fuerza al pequeño aparato de TV y siguió escuchando:

*¡Raeder sólo pudo escapar del hotel! Acorralado por sus perseguidores, tuvo que meterse en un apartamento del 156 de la avenida Oeste. Su verdadera intención era alcanzar la parte superior para poder escapar saltando de un tejado a otro... ¡Y podría haber funcionado amigos, les aseguro que podría haber funcionado! Pero la puerta de acceso al tejado estaba cerrada. Eso sí que parecía el final... Sin embargo, Raeder acabó encontrando refugio en el apartamento número siete, felizmente abandonado. Entró y...*

Terry hizo una pausa para añadir algo de emoción al relato, después continuó, exultante:

*Y ahora está atrapado allí dentro, ¡atrapado como una rata en una caja! ¡Los Thompson están tirando la puerta! ¡La salida de incendios está vigilada! Nuestro equipo de filmación, dispuesto en un edificio próximo, les está ofreciendo un buen plano corto en estos momentos. ¡Fíjense, amigos, mírenlo! ¿Es que no queda ninguna esperanza para Jim Raeder?*

—Ninguna esperanza —repitió Raeder en un susurro, mientras el sudor empapaba su cuerpo, de pie en el diminuto y pestilente baño, escuchando los golpes repetitivos contra la puerta.

*¡Espera un momento!, gritó Mike Terry. Aguanta, Jim Raeder, aguanta un poco más. ¡Quizá sí que queda una esperanza! Tengo una llamada urgente de uno de nuestros espectadores... ¡Una llamada a la línea del buen samaritano! Aquí tenemos a alguien que piensa que puede ayudarte, Jim. ¿Estás escuchando, Jim Raeder?*

Raeder esperó y comenzó a escuchar el ruido de los goznes desprendiéndose de la madera carcomida.

*Adelante, señor, dijo Mike Terry. ¿Cómo se llama, señor?*

*Eh... Félix Bartholomew.*

*No se ponga nervioso, señor Bartholomew. Adelante.*

*Bien, de acuerdo. ¿Señor Raeder?, dijo la voz títubeante de un anciano. Yo he vivido en el 156 de la avenida Oeste. Precisamente en el mismo apartamento en el que está atrapado usted ahora, señor Raeder. ¡Lo juro! Mire, en ese cuarto de baño hay una ventana. Han pintado encima, pero le aseguro que está ahí.*

Raeder se enfundó el receptor de TV en el bolsillo. Procedió a localizar las marcas de la ventana en la pared pintada y golpeó con fuerza. El cristal estalló con un estrépito, y la luz del día inundó el cuartucho con un resplandor cegador. Retiró los cristales del alféizar y se asomó rápidamente para mirar hacia abajo.

Lo que allí había era un vertiginoso salto hasta un patio de hormigón.

Los goznes de la puerta se desprendieron finalmente. Raeder oyó cómo se abría. Rápidamente, se subió al alféizar y se descolgó por el otro lado de la ventana, quedó colgado un momento por las puntas de los dedos. Cayó al vacío.

Todavía conmocionado por la caída, Raeder se incorporó trastabillando. Un rostro apareció en la ventana del baño.

—Un tipo con suerte —dijo el hombre, inclinándose hacia el exterior y apuntando cuidadosamente con un 38 de cañón corto.

En ese momento una bomba de humo hizo explosión en el cuarto de baño.

El disparo del asesino se perdió en la distancia. Se giró sobre sus talones, maldiciendo. Más bombas de humo explotaban en el patio, oscureciendo la figura de Raeder.

Podía oír la voz enfebrecida del presentador saliendo del pequeño receptor guardado en su bolsillo:

*¡Ahora tienes que correr!, gritaba Terry. ¡Corre, Jim Raeder! ¡Corre y salva tu vida! Corre ahora que los ojos de los asesinos están cegados por el humo. ¡Y agradéceselo a la buena samaritana Sarah Winters, del tres, cuatro, uno, dos de Edgar Street, Brockton, Massachussets, por la donación de las cinco bombas de humo, y la contratación del individuo para lanzarlas!*

Terry continuó su discurso en un tono más calmado:

*Señora Winters, hoy ha salvado la vida de un hombre. Podría dirigirse a la audiencia para contarlos cómo...*

Raeder no fue capaz de oír nada más. Estaba corriendo a través del patio inundado de humo, sorteando las hileras de tendederos para llegar al espacio abierto de la calle principal.

Bajó por la calle 63, encorvado para disimular su altura, renqueando ligeramente por el agotamiento, mareado por la falta de sueño y alimento.

—¡Eh, tú!

Raeder se giró. Una mujer estaba sentada en los escalones de la entrada de un bloque de apartamentos, dirigiéndole una mirada penetrante.

—Tú eres Raeder, ¿no? El tipo que están tratando de eliminar, ¿verdad?

Raeder comenzó a alejarse de la mujer a buen paso.

—Ven y entra aquí, Raeder —dijo la mujer.

Podía tratarse de una trampa. Sin embargo, Raeder sabía que dependía de la generosidad y el buen corazón de la gente. Él era su representante, una proyección de ellos mismos, el chico de la calle metido en problemas. Sin ellos estaba perdido. Con su ayuda nada podría acabar con él.

«Confía en la gente», es lo que le había dicho Mike Terry. «Ellos nunca van a darte la espalda».

Siguió a la mujer hasta el cuarto de estar de su apartamento. Ella le invitó a sentarse y abandonó la habitación, regresando de inmediato con un plato de estofado en las manos. Permaneció allí, de pie, observándole comer, tal y como uno observa a un chimpancé del zoológico comiendo cacahuetes.

Dos niños salieron de la cocina y se plantaron en el cuarto de estar, mirando a Raeder con curiosidad. Otros tres individuos salieron del dormitorio con una cámara de filmación que instalaron frente a él. La habitación estaba presidida por un equipo de televisión enorme. Mientras engullía el estofado, Raeder contemplaba la figura de Mike Terry y escuchaba su voz varonil, dotada de una sincera y preocupada modulación.

*Ahí lo tenemos, amigos, estaba diciendo Terry. Ahí tenemos ahora a Jim Raeder, disfrutando de su primera comida decente en dos días. ¡Nuestro equipo de filmación ha realizado un excelente trabajo para poder ofrecerles estas imágenes! Enhorabuena, muchachos... Bien, amigos, Jim Raeder ha tenido la suerte de encontrar un pequeño retiro, un santuario de protección en el hogar de la señora Velma O'Dell, del tres cuarenta y tres de la calle 63. ¡Gracias, gracias de veras, buena samaritana O'Dell! ¿Es realmente algo maravilloso, contemplar cómo las gentes de todos los rincones de nuestra sociedad se han puesto de acuerdo para ofrecer a Jim Raeder un lugar en sus corazones!*

—Será mejor que te des prisa —dijo la señora O'Dell.

—Sí, señora —respondió Raeder.

—No quiero un tiroteo en mi apartamento.

—Casi he terminado ya señora.

—¿Es que no van a matarlo? —preguntó uno de los niños.

—Haz el favor de callarte —respondió la señora O'Dell.

*Sí, Jim, interrumpió Mike Terry, encantado. Será mejor que te des prisa. Tus perseguidores no se encuentran demasiado lejos. No son unos estúpidos, Jim, ya lo sabes. Son tipos retorcidos y criminales, ¡enloquecidos sanguinarios, tal vez! Pero no son unos estúpidos, Jim. Están siguiendo un rastro de sangre. ¡Sangre de tu propia mano herida, Jim!*

Raeder todavía no se había dado cuenta hasta hora de que se había cortado con los cristales de la ventana.

—Espera, te vendaré eso —dijo la señora O'Dell. Raeder se levantó y dejó que le vendase la mano. Después le entregó una chaqueta marrón y un sombrero gris de ala ancha que ocultaba parte de su rostro.

—De mi marido.

*¡Ahora tiene un disfraz, amigos!, aullaba Mike Terry casi con placer. ¡Esto sí que es algo nuevo! ¡Un disfraz! ¡Con siete horas todavía por delante hasta poder encontrarse a salvo!*

—Ahora haz el favor de salir de aquí —dijo la señora O'Dell.

—Ya me voy, señora —respondió Raeder—. Muchas gracias.

—Creo que eres un imbécil —dijo ella—. Creo que hace falta ser imbécil para estar metido en algo como esto.

—Sí, señora.

—Simplemente, no merece la pena.

Raeder volvió a darle las gracias y salió de allí. Continuó su camino hacia Broadway, cogió un metro hasta la calle 59, después cambió de línea hasta la 86. Allí compró un periódico y cogió el expreso de Manhasset.

Echó un vistazo a su reloj. Le quedaban seis horas y media.

El tren subterráneo rugía mientras avanzaba bajo Manhattan. Raeder se quedó adormecido, su mano vendada escondida bajo el periódico, el sombrero ocultándole la cara. ¿Habría sido reconocido? ¿Habría conseguido despistar a los Thompson? ¿O acaso alguien estaría llamándoles por teléfono en ese mismo momento?

Medio dormido, se preguntó si realmente había escapado de un final seguro. ¿O se trataba simplemente de un cadáver andante, moviéndose y corriendo por ahí debido a la incompetencia de la muerte? «Dios mío, ¡la muerte puede ser tan perezosa hoy en día! Jim Raeder vagabundó durante horas después de morir... ¡Y aún tuvo tiempo para contestar a las preguntas de la gente antes de ser enterrado cristianamente!».

Los ojos de Raeder se abrieron de golpe. Había soñado algo... desagradable. No podía recordar el qué.

Cerró de nuevo los párpados y recordó, con apacible asombro, una época en la que no había estado metido en problemas.

Eso fue hace dos años. En ese tiempo había sido un muchacho grandote y satisfecho, que trabajaba como ayudante de un conductor de camiones. No tenía talento alguno, y era demasiado modesto para tener algún sueño.

El pequeño conductor de camiones de rostro endurecido se encargaba de soñar por él:

—¿Por qué no lo intentas en la televisión, Jim? Yo mismo lo haría si tuviese tu aspecto. Se pirran por los chavales normales, con buena pinta y poco en la mollera, como tú. Como concursantes digo. A todo el mundo le gustan los chavales así. ¿Por qué no pruebas, eh?

Así que probó. El dueño de la tienda de televisores local se lo había explicado todo en detalle.

—Mira, Jim, el público está harto de los atletas altamente entrenados, con todos sus reflejos de estrella y todo ese coraje profesional. ¿Quién puede simpatizar con tipos como esos? ¿Quién puede identificarse con ellos? La gente quiere ver cosas atrevidas, eso está claro, pero no cuando algún listillo hace de ello su profesión por un millón de pavos al año. Por eso el deporte profesional está a la baja. Por eso los programas de riesgo se están llevando el gato al agua.

—Entiendo —dijo Raeder.

—Mira, Jim, hace seis años que el Congreso aprobó la Ley del Suicidio Voluntario. Esos vejestorios se dedicaron a parlotear un montón sobre el libre albedrío y la libertad de elección del individuo, todo a un tiempo. Pero todo eso es un montón de basura. ¿Sabes lo que significa esa Ley en realidad? Significa que la gente normal puede arriesgar su vida por el mejor pedazo de la tarta. ¡Y no sólo los profesionales! En los viejos tiempos tenías que ser un boxeador

profesional, o un futbolista, o un jugador de hockey sobre hielo si querías asumir legalmente el riesgo de romperte el cráneo por la pasta. Pero ahora las puertas están abiertas para la gente normal como tú, Jim.

—Entiendo —dijo Raeder de nuevo.

—Es una oportunidad maravillosa. Tú, por ejemplo. Tú no eres mejor que cualquiera, Jim. Todo lo que tú puedas hacer puede hacerlo mejor otro tipo. Eres normal. Creo que los programas de riesgo están hechos para ti.

Raeder se permitió a sí mismo soñar por un momento. Los programas de televisión parecían el camino perfecto para enriquecerse para un tipo agradable y joven como él, que no tenía ningún talento ni instrucción particular. Escribió una carta dirigida a un programa llamado Destino incierto y metió una fotografía suya en el sobre.

Destino incierto estaba interesado en él. Los de la JBC investigaron la vida privada de Raeder y lo encontraron lo bastante normal como para satisfacer las necesidades del espectador más exigente. Se comprobaron su parentesco y amistades más próximas. Finalmente fue llamado a acudir a Nueva York para ser entrevistado por el señor Moulian.

Moulian era un individuo moreno e hiperactivo que mascaba chicle mientras hablaba:

—Te hemos elegido —le espetó bruscamente—. Pero no para *Destino incierto*. Vas a aparecer en *Parrilla de salida*. Es un programa de media hora que dan por las mañanas en el Canal Tres.

—Uau —musitó Raeder.

—No hace falta que me lo agradezcas. Te llevas cinco mil dólares si ganas o quedas el segundo, y hay un premio de consolación de quinientos si pierdes. Pero eso no es lo que importa.

—Claro que no, señor.

—*Parrilla de salida* es un programa menor que sirve como banco de pruebas para la JBC. Los que ganan y los que

quedan segundos van después a *Emergencia*. Los premios son mucho mejores en *Emergencia*.

—Lo sé, señor.

—Y si lo haces bien en *Emergencia*, después están los programas de riesgo de primera como *Destino incierto* o *Peligros submarinos*, con cobertura nacional, y unos premios de órdago. Y allí es donde empieza lo bueno de verdad. Hasta dónde llegues, depende exclusivamente de ti.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor —dijo Raeder.

Moulian dejó de mascar su chicle por un momento y pronunció sus siguientes palabras con un aire casi paternal:

—Puedes hacerlo Jim. Sólo recuerda esto, tú eres la gente, y la gente puede hacer todo lo que se proponga.

La manera que tuvo de decirlo hizo que Raeder experimentase un momentáneo sentimiento de lástima por el señor Moulian que, con su piel cetrina, sus cabellos encrespados, y sus ojos saltones, no era con seguridad parte integrante de la gente.

Se dieron un apretón de manos. Acto seguido, Raeder firmó un documento por el que eximía a la cadena JBC de toda responsabilidad en caso de perder la vida, la razón, o algún miembro durante la celebración del concurso televisivo. También firmó otro papel en el que confirmaba el ejercicio de sus derechos al amparo de la Ley del Suicidio Voluntario. El marco legal exigía esta redacción personal por escrito a pesar de tratarse de una mera formalidad.

Al cabo de tres semanas estaba en *Parrilla de salida*.

El programa seguía la fórmula clásica de una carrera automovilística. Los participantes eran pilotos inexpertos que se subían a coches de competición europeos y americanos, para emprender una veloz carrera a lo largo de un peligroso circuito de treinta kilómetros de recorrido. Raeder comenzó a temblar de miedo cuando trató de arrancar su enorme Maserati en la marcha equivocada, y la potencia del coche casi le hizo despegar del suelo.

La carrera se puso en marcha como una pesadilla, con olor a neumáticos quemados y el chillido incesante provocado por las aceleraciones de los vehículos. Raeder se quedó en la retaguardia, dejando que los líderes provisionales se estampasen por sí solos al tomar las primeras curvas mortalmente cerradas. Después aprovechó la oportunidad de escalar hasta la tercera posición cuando el Jaguar que tenía delante se abalanzó contra un Alfa Romeo, y los dos coches se salieron de la pista, quedando varados en un campo de cultivo. Raeder se decidió a luchar por la segunda plaza en los kilómetros finales, pero fue incapaz de encontrar pasillo para adelantar. A punto estuvo de hacer un trompo al encontrar una inesperada curva en ese en su camino, pero se aferró al volante con todas sus fuerzas y consiguió controlar el coche para mantenerlo en el asfalto, todavía conservando la tercera posición. Finalmente, el piloto que iba en cabeza rompió un cigüeñal en los últimos cincuenta metros de carrera, permitiendo a Jim finalizar en segundo lugar.

Ahora estaba cinco mil dólares más cerca de su sueño. Recibió cuatro cartas de admiradores y un par de calcetines enviados por una señorita de Oshkosh. Su presencia fue solicitada en *Emergencia*.

Al contrario que *Parrilla de salida*, *Emergencia* no era un programa basado en un modelo competitivo. En este caso se trataba de estimular la iniciativa individual. Como preparativo para su participación, Raeder recibió una dosis de un narcótico no adictivo que le dejó inconsciente en el acto. Se despertó en el interior de la cabina de una pequeña avioneta volando a diez mil pies de altura con el piloto automático. El indicador de combustible marcaba que el depósito estaba prácticamente vacío. No tenía paracaídas. Se suponía que tenía que aterrizar la avioneta.

Y, por supuesto, no había pilotado un avión en su vida.

Comenzó a experimentar con los controles con toda la fuerza de ánimo que pudo reunir mientras recordaba que el

concurante de la semana pasada había despertado en el interior de un submarino y, tras abrir la válvula equivocada, había muerto ahogado.

Miles de espectadores observaban hechizados los acontecimientos mientras un solo hombre, un hombre normal y corriente, trataba de escapar de la situación tal y como ellos lo harían. Jim Raeder era ellos. Cualquier cosa que él pudiese hacer, también ellos podían hacerla. Raeder era el representante del pueblo.

Al final consiguió llevar la avioneta a tierra en algo parecido a un aterrizaje. A punto estuvo de salir despedido del asiento unas cuantas veces, pero el cinturón de seguridad aguantó lo suficiente. El motor, contrariamente a lo esperado, no estalló en llamas.

Se arrastró como pudo fuera de la cabina con dos costillas rotas, quince mil dólares en el bolsillo y la oportunidad de participar en *Torero* una vez recuperado.

¡Al fin un programa de riesgo de primera! En *Torero* se pagaban cincuenta mil dólares al ganador. Todo lo que tenía que hacer era matar a un miura con una espada, tal y como lo hacían los matadores profesionales.

El combate tenía lugar en Madrid, ya que las corridas de toros todavía eran ilegales en los Estados Unidos. El programa se retransmitía a la nación entera.

Raeder estaba arropado por una buena cuadrilla. A los españoles parecía gustarles ese americano grandote de lentos movimientos. Los picadores se emplearon a fondo en sus lances, tratando de desgastar al toro para Raeder. Los banderilleros trataban de hacerle el quite para apartar a la bestia de su camino antes de colocarle las banderillas. Finalmente el segundo matador, un hombre de aspecto fúnebre natural de Algeciras, casi le rompe el cuello al toro a base de una magistral faena de capote.

Pero una vez que las distintas suertes fueron ejecutadas y todo quedó visto para sentencia, en la arena de la plaza sólo quedaba Jim Raeder. La muleta roja torpemente aga-